

## Tiempo y Eternidad

---

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

### Látigo a la mojigatería

Hay comportamientos que resultan agradables a los ojos de Dios y otros que no lo son. Esto no es prerrogativa divina, pues nosotros también reaccionamos ante el testimonio de los demás. Podemos quedar edificados o enfadados y molestos, como le ocurrió a Jesús cuando al llegar al templo de Jerusalén para las fiestas de pascua, se encontró con una auténtica mafia de vendedores de ovejas, bueyes y palomas para los sacrificios rituales. No podían faltar los cambistas, que equivaldrían a las actuales casas de bolsa. Es obvio que se había perdido el auténtico sentido religioso y se desvirtuaron cayendo en vanos formulismos vacíos de significado. No había conversión de corazón, sino prácticas supersticiosas.

Hoy en día resulta chocante asistir a una misa y encontrarse con gente crítica o que intriga dándose golpes de pecho en la iglesia. Llevan el santo en los labios, pero nunca en sus obras. La incoherencia y la falta de autenticidad cristiana repugnan tanto, que muchos se han alejado de la Iglesia con este pretexto, aunque no tienen razón, pues no se renueva el cuerpo abandonándolo, sino santificándolo. No se gana una batalla huyendo, sino conquistando.

Muy diverso es el clima de fe y oración que reina en los centros marianos como la Villa de Guadalupe, la Divina Pastora, Aparecida, Lourdes o Fátima. El fervor es tan auténtico y profundo que hasta nos envuelve y contagia. Pienso también en el clima de silencio, de paz y de tranquilidad que se percibe en los conventos de monjitas de clausura. Tan pronto como se cruza el umbral de la puerta, nos damos cuenta de que allí hay algo distinto. ¡Y qué decir de las capillas donde está el Santísimo Sacramento expuesto!

En uno de estos ambientes es como Jesús quedó edificado por el espíritu de compunción del publicano, la fe de la mujer sirio-fenicia o la generosidad de aquella viuda que dio de limosna todo lo que tenía para comer. La judía Edith Stein comenzó su camino de conversión cuando vio a una señora entrar en una iglesia católica llevando a su hijo recién nacido en sus brazos y ponerse de rodillas para orar ante el Santísimo.

La fe reviste una doble dimensión, personal y social. Personal porque sólo Dios puede juzgar en el interior de la conciencia, pero al mismo tiempo es social y eso nos exige autenticidad y coherencia. No juzgamos a las personas, pero sí los actos.

En un mes estaremos celebrando la semana santa y miles de personas volverán a las Iglesias a revivir los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Ojalá que este acercamiento sea ocasión de una auténtica devoción y fervor agradables a Dios y no un rito folklórico vacío de significado. [twitter.com/jmotaolaurruchi](https://twitter.com/jmotaolaurruchi)